tos denigrantes para las tropas republicanas, por los que llamaban bandido á Corona y salvaje á Martínez. Pueden estos jefes haber cometido todos los excesos que se les atribuyen, pero, en cambio, jamás cometieron actos terriblemente inhumanos como los imperialistas de Alamos, y todas sus faltas tendrán siempre una disculpa por la causa bendita que ellos defendìan y que ampara todos sus errores: la causa de la patria!

CAPITULO XXVIII.

1865.

SEPTIEMBRE A OCTUBRE.

La muerte de Rosàles.—Cómo la juzgaron sus enemigos;- Palabras de "La Estaffete" de México. Honores pòstumos decretados al general Rosales por el gobernador Domingo Rubí. Exequias en la iglesia de Culiacán. Rosales es declarado benemérito del Estado de Siualoa. Demostraciones de sìmpatía por nuestro hèroe. Su estátua en el Paseo de la Reforma de México. La Legislatura decreta que se le erija un monumento en Culiacàn. Epoca del nacimiento de Rosales. Su fè de bautismo. Rosales íntimo. Algunas anécdotas sobre su vida. Su contestación al coronel Guiiitian. Su duelo con Martínez Valenzuela. Anécdota de la "Reforma." Aventuras amorosas. Rosales como hombre honrado. Sus defectos y sus cualidades. El héroe predilecto del pueblo sinaloenfo; Consideraciones generales sobre la vida de Rosales. Héroes y heroìnas de la guerra de Reforma é Intervenciòn en Sinaloa. Algunas palabras sobre los sucesos que siguieron á la muerte de Rosales. Fin del capítulo XXVIII y de la obra.

LA muerte del general Rosales causó honda sensación no solo en las filas republicanas, sino en el ánimo de los imperialistas, quienes tuvieron la sinceridad de hacer

justicia al vencedor ilustre de San Pedro. Por eso la *Estaffete*, órgano de todas las malas pasiones del partido franco-traidor, tuvo que confesar que "*el general Rosales de quien se hace mención triste en la relación del barón Aymard (1), era uno de los jefes más notables del partido republicano. Hombre de un desinterés á toda prueba, leal, valiente, activo y avesado en el arte militar, deja en las filas del partido disidente un vacío que le será díficil de llenar.... Justicia á los vencidos.*" Esta confesión de los enemigos de nuestro héroe le llena de gloria, y si no tuviera otros títulos le bastaría este sólo para hacerse simpático á la posteridad. En algún otro documento oficial salido de las oficinas imperialistas se compadece á Rosales por su trágica muerte; pero él como Bayardo pudo decir "no se me debe compadecer, pues muero sirviendo á mi rey; á vos sí que llevais vuestras armas contra vuestro príncipe, contra vuestra patria y contra vuestra fe".

Por otra parte, los que perteneciendo al partido republicano habían sido enemigos del general Rosales se apresuraron á rendirle honores póstumos y así fué cómo el general Rubí expidió un decreto el 10 de octubre que á la letra dice:

"*DOMINGO RUBÍ General de brigada, gobernador y comandante militar del Estado de Sinaloa, á sus habitates sabed:*

"Habiendo muerto el C. general de brigada Antonio Rosales eldìa 24 del mes de Setiembre anterior en el combate que sostuvo en la plaza de Alamos contra los traidores que lo atacaron en número considerable, que no fué posible resistir, el gobierno del Estado, justo apreciador del verdadero mérito, rinde el debido tributo de homenaje al valiente, honrado y virtuoso patriota que selló con su sangre los principios de libertad é independencia, que profesó y supo sostener hasta sucumbir en defensa de su país.

"POR TANTO DECRETA:

Art. 1º El día doce del corriente, á las ocho de la mañana, se celebrarán las exequias correspondientes en la iglesia parroquial de esta ciudad, con asistencia del gobernador y comandante militar, autoridades, empleados civiles y militares de la plaza que se quedaren francos de servicio.

"La mayoría de órdenes de la brigada de Sinaloa, residente en la ciudad, acordará con la comandancia las disposiciones relativas á los honores militares de ordenanza que deben hacerse al C. general Rosales, considerándolo en la clase de división, según las últimas disposiciones del gobierno general, por haber muerto en actual servicio en la guerra contra el enemigo de la patria.

"Art. 2º Los empleados civiles y clase militar del Estado guardarán luto por nueve días desde el indicado para las exequias, por la sensible pérdida del C. general Rosales y demás jefes y oficiales que con él murieron en el combate de Alamos. En las demás poblaciones se haran los mismos honores fúnebres desde el siguiente día de la publicación del presente decreto.

"Art. 3º El gobierno del Estado declara Benemérito

[1] Se refiere á la nota que el citado barón Aymard dirigió al prefecto superior de Mazatlán participándole la muerte de Rosales y la ocupaciòn de Alamos por las feurzas imperialistas [F. J. G.]

al C. general Antonio Rosales. en justo reconocimiento de los servicios que prestó à la independencia nacional.

"Por tanto, mando se imprima, publique y circule y se le dé el debido cumplimiento.

"Culiacán, Octubre 10 de 1365.—*Domingo Rubi.—F. España*, secretario".

Rosales desde el triunfo de San Pedro fué el héroe predilecto y el caudillo que disfrutó de mayores simpatías en Sinaloa. Culiacán, que en tiempos remotos fué la cuna del culto al dios de la guerra de los aztecas, debía ser más tarde el centro de las afecciones y de las simpatías del soldado intrépido y romancesco que escribió con su espada la página más gloriosa de la historia del Estado. El cariño respetuoso que Rosales inspira á aquel pueblo tiene sobrado fundamento, y en Culiacán su nombre sirve de amparo á calles, colegios y plazuelas. La Legislatura ha elegido á nuestro heroe para que su estatua figure en el Paseo de la Reforma de México, al lado de los grandes hombres en la República; también por un decreto de la cámara sinaloense se le erigirá otro monumento en la plaza de Rosales, y el pueblo todo del Estado le ha levantado un culto que durará mientras aliente un corazón patriota.

Rosales murió relativamente joven. Aunque hemos publicado datos inciertos sobre este particular, en las primeras páginas de esta obra, los rectificamos ahora, ya que tras diligentes investigaciones hemos encontrado la fé de bautismo de nuestro héroe. Hela aquí:

"Un sello que dice: "Parroquia de Juchipila.—El que suscribe, cura propio de esta feligresía, certifica:

Que en el libro de partidas de bautismos correspondiente á los años de 1818 al 1823, á fojas 237 frente, se encuentra una acta del tenor siguiente:

"En el pueblo de Juchipila, en trece días del mes de Julio del año de mil ochocientos veintidos: Yo el Ber. Dn. Narciso Bustamante, Cura propio de esta Parroquia, Bauticé solemnemente en esta Santa Iglesia Parroquial á José Antonio Abundio de Jesus, que nació el día once del corriente á las diez de la noche, hijo legítimo de Don Apolonio Rosales y de Doña Vicenta Flores: Abuelos paternos Don Justo Rosales y Doña Josefa Serrano; Abuelos maternos Don Nicolás Flores Alatorre y Doña Josefa Carrillo, Padrinos Don Pablo Núñez y Doña Teodosia Flores Alatorre, á quienes advertí su obligación y parentezco espiritual: En fé de ello lo firmé.—Narciso Bustamante.—Una rúbrica."—Al márgen se lee José Antonio Abundio, Español, Juchipila.

Es copia sacada fielmente de su original.—Juchipila, Marzo 12 de 1893.—*Ignacio B. Rubio.*"

***

Como verán cuantos hayan recorrido las páginas de este volúmen, no hemos consagrado un homenaje respetuoso á un hombre indigno de él. Rosales fué uno de los grandes caracteres de la época en que tocó figurar. Como gran parte de aquella pléyade de hombres ilustres, de grandes pasiones y de nobles sentimientos, principió su carrera luchando en la clase de tropa contra la invasión americana; se puso después frente á frente al centralismo

organizado, que fué años atrás causa de nuestros infortunios, y ya con la pluma, ya con lá espada, fué siempre un leal y honrado servidor de un principio que debía hacer surgir las ideas de la reforma, complemento de nuestra independencia.

El humilde ciudadano á quien el gobierno centralista de Mazatlán vió con ojos sospechosos y arrojó á los confines del Norte del Estado, pronto se debía singularizar por su talento en los estrados de las oficinas públicas de Sinaloa, de las que llegó á ser jefe; el obscuro soldado, imberbe aun, que defendía á la patria en las fronteras del Bravo, pronto debía ser el héroe aquilino de Escuinapa y de San Pedro; y el hombre escarnecido por los propios republicanos, que le veian con celo, debía ser por ellos mismos glorificado cuando en sangriento hecho de armas *entregaba su alma a Dios y su venganza á la patria!*

Y ya que se ha conocido al politico sagaz, al soldado indomable, al hombre de gran carácter, á quien tantas veces iluminó el sol de la gloria, preciso es que se conozca también al hombre íntimo, al caballero sin tacha, para lo cual basta referir algunas anécdotas que hasta nosotros han llegado de labios de sus contemporáneos.

Servía Rosales en clase de tropa en el 1 º de Coraceros de la Guardia que mandaba el coronel Francisco Güitián, en la época de la guerra con los Estados Unidos, cuando se le ordenó, de parte de su jefe, que le diera un banco de palos á un soldado que acababa de singularizarse por su valor en un encuentro de armas y que después había cometido una falta. La órden pasó por los conductos de ordenanza y cuando se la comunicaron á Rosales contestó enérgicamente: *yo no doy esos palos.* Honda sensación causó aquella respuesta, que fué comunicada al coronel, á quien desagradó sobremanera y repitió su órden en términos vehementes. Dos ó tres veces insistió Rosales en su resolución, y deseando Güitián conocer al soldado que así se conducía—y á quien había mandado castigar severamente—ordenó que lo llevaran á su presencia y con tronante voz le dijo:

—*¿Por qué se resiste vd. á cumplir una órden superior?*

—*Mi coronel,* contestó Rosales, *porque yo no vengo aquí á servir de verdugo; yo vengo á defender á mi patria.*

Conocidos después por el coronel los antecedentes de Rosales, no solamente le levantó el castigo sino que le colmó de atenciones y fijó en él su atención.

Figuraba como capitán ó comandante en el propio cuerpo de Coraceros de la Guardia, Ignacio Martinez Valenzuela, el caballeroso soldado de que hemos hablado ya, y por asuntos de mujeres tuvieron Rosales y él un fuerte disgusto. Rosales, profundamente indignado por este incidente, se dirigió á Martínez Valenzuela manifestándole que con la ordenanza no podía luchar por tratarse de un superior; que si como hombre quería arreglar aquella dificultad prescindiera de sus galones y le admitiera un reto. El comandante no vaciló en acceder y sólo hizo presente que sentía batirse con un *muñeco sin antecedentes.* Efectivamente, Rosales era un hombre delgado, nervioso y mal constituido, y por eso le llamaban muñeco, pero

pronto vió su adversario que le bastaba valor y que no carecía de antecedentes. Concertado un lance á espada, fueron al campo; se rifó el terreno y Rosales lo ganó. Valenzuela quedó colocado adelante de un surco, pero habiendo tenido que retroceder parando los golpes furiosos de su rival, perdió el equilibrio, cayó sobre el surco, y no obstante que la velocidad del ataque hacía imposible que Rosales se contuviera, apenas vió en tierra á su contendiente tiró la espada y le dió la mano para levantarle.

—*Ya veo qu no es vd. un muñeco,* dijo Valenzuela, *y tengo satisfacción de saber ahora que es un vd. caballero.*

Desde entonces aquellos dos hombres identificados por su valor y por su caballerosidad, fueron inmejorables amigos, y nos cuentan que Martínez Valenzuela refería después con orgullo aquel rasgo del carácter de Rosales.

El Lic. Ireneo Paz, en *Los Dos Antonios,* refiere un hehecho que *retrata la indomable vountad que tenía Rosales.* Nosotros sólo hemos podido recojer rumores sobre el particular y sin hacernos solidarios de la relación la reproducimos en seguida:

"Encontrábase anclado en la bahía un buque de guerra inglés y algunos de sus tripulantes sostenían, que al bajar à tierra, habían sufrido un atropello, por personas que parecían representar autoridad entre los mexicanos.

"Nada era más inexacto: los marineros ingleses se habían emborrachado en una cantina, habían rehusado pagar y el dueño de la casa les había mandado propinar una paliza.

"El comandante de la fragata de guerra, no necesitó oír más informes para sulfurarse, y en seguida mandó pedir una satisfacción, que no se le pudo dar desde luego, no sólo por lo raro, sino por lo improbable del caso.

"—¡By God! exclamó el capitán, y no habiendo á la mano con quien descargar su cólera, mandó capturar una goleta mexicana que estaba anclada en el mismo puerto, la cual tenía por nombre "La Reforma."

"La goleta se rindió luego, como que no tenía ningún fusil para hacer resistencia y el buque de guerra inglés, dió vapor á su máquina, levó anclas y viró para alta mar, llevando á remolque á la "Reforma".

"Esto, como era natural, produjo un gran escándalo en el puerto.

"—Es abusar de la fuerza, decían unos.

"—Estuviera aquí Sánchez Ochoa, decían otros.

"—¡Tuviéramos marina! exclamaban los más.

"—Mientras que así se elevaba un sordo rumor en la plaza, hé aquí la escena que pasaba en palacio.

"—Digo que me comprometo á ir yo solo, exclamaba Rosales.

"—Sería una temeridad aun llevando tropa, dijo Corona con flema, por más que sus ojos lanzaran chispas de indignación.

"—Digo que iré.

"—No tenemos marina, exclamó Corona suspirando.

"—Voy en ese vaporcito.

"—En el "Colón"?....

"—Sí.

"Todos los circunstantes se vieron unos á otros, como temiendo que Rosales hubiera perdido la razón.

"—Imposible! exclamó todavía Corona.

"—Mi general, no hay tiempo que perder, dijo Rosales con acento de convicción, ¿qué importa la vida de un hombre, tratándose del honor de México?

"No hubo modo de resistir más, y Corona mismo escribió la nota, nombrando á Rosales comisionado del gobierno para pedir satisfacción al comandante de la fragata de guerra.

"Media hora después Rosales salía en pos de la enorme máquina de guerra inglesa en el vaporcito "Colón" que apenas se usaba para el trasporte de veinte hombres, llevando únicamente á Granados y á otros dos oficiales. Cuando Molina lo supo y quiso incorporarse á sus amigos, éstos iban rebasando el Crestón del puerto á bordo de su ridícula embarcacioncilla.

"Evitaremos pormenores para no cansar al lector, y les presentaremos ya á dos de nuestros héroes en la misma cámara del comandante del buque de guerra inglés.

"Aunque Rosales y Granados, usaban muy pocas ocasiones las insignias militares, en esta vez vestían uniformes completos, y estaban delante del jefe de la Fragata con la cachucha calada hasta los ojos.

"El Comandante no se había dignado levantarse siquiera y permanecía sentado viendo de reojo á nuestros dos jóvevenes y dejando vagar en sus lábios una sonrisa de desprecio, ó cuando ménos de desdeñosa indiferencia, despues de haber arrojado sobre una mesa los despachos, sin quererlos leer.

"—Señor Comandante, exclamó Rosales, comenzando á encolerizarse, vengo resuelto á no salir de aquí si no me llevo conmigo la goleta "Reforma".

"El inglés se atuzó los vigotes.

"—Por tercera y última vez, capitán, dijo Rosales ya con rabia ¿me dá vd. la goleta?

"—'Nó: contestó secamente el inglés.

"—Pues aquí acabamos todos, Jorge, dijo Rosales con terrible sangre fría, mientras yo mato á este inglés, tú vas y le prendes fuego á la "Santa Bárbara".

"Y como en su impaciencia creyó que Granados vacilaba agregó prontamente:—O cambiamos si quieres: yo prendo fuego al buque y tú matas al capitán.

"Esto fué dicho español, pero el inglés comprendió de lo que se trataba, cuando vió que ambos jóvenes sacaban sus pistolas, que traían ocultas debajo del uniforme.

"Quiso levantarse, pero se quedó como paralizado, cuando sintió el cañón frío de la pistola que tocaba sus sienes.

"—Corre á prender fuego á la pólvora, dijo á Granados aquí moriremos todos..... no oyes?

"Granados se dispuso á salir:

"El capitán comprendió, en los movimientos resueltos de ambos jóvenes que estaba perdido si no ponía término á la cuestión violentamente.

"Entonces, tendiendo á Rosales su mano derecha le dijo con sonrisa algo forzada:

"—Son vds. unos oficiales valientes, que podría gloriarse de poseer cualquier nación del mundo. Dispongan de la goleta.

"—Palabra de honor, capitán?

"—Palabra de honor.

"Granados se había detenido en la puerta, volvió á al-

zar su pistola por orden de Rosales y se despidieron del capitán, despues de tomar un brandy.

Cuando el vigía de Mazatlán anunció al día siguiente la vuelta del "Colón," todas las gentes se agolparon al muelle, á los balcones y á las azoteas de las casas.

"Cuando advirtieron que la goleta "Reforma" era remolcada por el vaporcito, se oyó un hurra inmenso de toda la población.

"—¡Viva Rosales! gritaban unos.

"—¡Viva la Reforma! gritaban otros.

"—¡Viva México! era el grito más general."

Rosales era además muy afecto á las aventuras galantes y le causaba mucha cólera fracasar en sus empresas amorosas cuando estaba acostumbrado á coronar con el éxito sus empresas militares. En alguna ocasión insistió muchísimo para que una polla le explicara el motivo de sus desdenes, y ésta quizá por salir de dificultad tan apremiante le dijo:

—*No le quiero á vd. por feo.*

Rosales cargó el juicio con esta respuesta, y como la muchacha del cuento, llegó á verse tanto en el espejo y á creerse tan monstruosamente feo, que alguna vez encolerizado por sus imperfecciones físicas rompió el espejo y juró no volverse á ocupar de aventuras galantes. Parece increible este rasgo en el carácter de Rosales, pero hay quien nos garantice su autenticidad y por otra parte consta en la historia que hombres verdaderamente notables han tenido extravagancias más ridículas.

Unid ahora á los carácteres que hemos delineado en el hombre público todos los anteriores detalles, agregadle un

temperamento nervioso, colérico é inquieto; recordad sus grandes victorias y sus grandes infortunios; pensad en el culto piadosísimo que inspira su memoria al pueblo sinaloense y entonces podeis tener delante de vosotros la figura inmortal de Antonio Rosales. Tal es el hombre á quien hemos querido glorificar en las páginas de este libro.

***

Rosales no estuvo sólo, ni fué el único que realizó hazañas dignas del recuerdo de la historia durante la época de la Reforma y de la Intervención en Sinaloa. Permítasenos hacer ligerísima mención de los que con el martir de Alamos, cooperaron en la obra patriótica de regenerar á la República y de asegurar su autonomía.

Plácido Vega.—Nació en la villa del Fuerte por el año de 1830. Tuvo inclinación desde niño por la carrera de las armas, y muy joven salió de la escuela para dedicarse al comercio. Siendo dependiente de una tienda, en Culiacán, sirvió como soldado á las órdenes de don Francisco de la Vega, último gobernador constitucional de Sinaloa que tremoló la bandera de la libertad hasta marzo de 1853 y que luchó tenazmente porque en el Estado no se entronizara el gobierno dictatorial del general Santa-Anna. Retirado después don Plácido Vega á la Isla de Altamura, no volvió á tomar parte en los asuntos públicos, sino hasta que se proclamó el Plan de Ayutla. Ya conoce el lector la vida de este ciudadano hasta su viaje á San Francisco California, á donde fué en comisión para comprar armamento. Nadie ignora la bochornosa defección con

que coronó su carrera militar el general Vega, su alianza con Lozada, la expedición pirática que en 1870 envió á Guaymas á las órdenes de Fortino Vizcayno, sus aspiraciones por reconquistar el gobierno de Sinaloa, su permanencia en Texas y sus servicios prestados á la revolución de Tuxtepec. Triunfante ésta, estuvo en México y regresaba al Estado, cuando la muerte le sorprendió en Acapulco el 4 de enero de 1878, donde la propietaria de un hotel le enterró de caridad. Don Plácido Vega ha sido el gobernador más popular de Sinaloa; débese á él el triunfo de la Reforma en todo el occidente de la Republica y el prestigio que conquistaron los soldados del Estado, que tantas veces condujo á la victoria. Lo perdió, en la vida pública, su ignorancia supina y su carácter dominante; pero es innegable que con todos sus defectos fué uno de los hombres más distinguidos que ha tenido Sinaloa.

Ignacio Martínez Valenzuela.—Uno de los màrtires de la Reforma que más se distinguió en Sinaloa por su caballerosidad, su valor y sus talentos militares. Al referir el triste suceso de San Leonel, hacemos una reseña de los servicios prestados á la patria por este infortunado soldado (Véanse las páginas 255 y siguientes).

Ignacio Pesqueira.—Hijo de Arizpe, del Estado de Sonora, educado en Europa y perteneciente á una familia de buena posición social. Principió á figurar en 1856 como coronel de las Guardias Nacionales de su Estado y Presidente del Consejo de Gobierno durante la administración del Lic. José de Aguilar. El 16 de Julio—en virtud de haberse pronunciado don Manuel Dávila y de haber sido reducido á prisión el gobernador—Pesqueira se declaró legalmente jefe del Poder Ejecutivo y abrió enérgica campaña contra el partido gandarista—Derrotó á sus enemigos políticos y después de que mandó batir al filibustero Crabb, entregó el gobierno al Lic. Aguilar, quien debía ponerlo de nuevo en manos de Pesqueira en virtud de la declaración hecha por el Congreso Constituyente en 16 de Agosto de 1857—Fué aquel jefe el caudillo popular de su Estado, el firme sostenedor de la Reforma y uno de los soldados que más brillo han dado á la República. Débese á él, en gran parte, el triunfo de los constitucionalistas en Sinaloa y habría llegado al apogeo de la gloria militar, si después del asalto de Mazatlán hubiera emprendido su marcha para el interior con el aguerrido ejército que mandaba.—Posteriormente, ya como militar, ya como gobernador prestó buenos servicios á Sonora; pero á pesar de su círculo numeroso de partidarios, llegó á hacerse repugnante su prolongada administración y él comprendiendo con su buen talento que le había pasado su época, se retiró á su hacienda, después del triunfo de Tecoac, y vivió exclusivamente dedicado á las labores del campo, hasta 4 de enero de 1886, fecha en que murió en la hacienda de Bacanuchí. Tuvo muchos amigos y aun existe en Sonora un grupo unido y compacto que no tiene más bandera que el nombre ilustre del general Pesqueira.

Jesús García Morales.—Hijo también de Sonora, soldado honrado y apegado al cumplimiento de sus deberes. Además de los servicios prestados en Sinaloa—prestó otros importantìsimos en Sonora y puede decirse que su vida militar y política está íntimamente ligada con la